

poeta en algunos de los más importantes problemas formales del verso español¹. Grande y continuo fue, por ejemplo, su interés por los problemas que a principios del siglo xx se planteaban los poetas españoles a propósito de la rima², y numerosos fueron sus intentos de lograr una música y ritmo interiores ajenos al compás fácil³. Bien conocida es, por otra parte, su lucha teórica contra los modernistas que por destruir la poesía zorrillesca cayeron en otro tipo de música de compás excesivo y, según Unamuno, sin contenido.

Es de lamentar a este respecto que García Blanco no haya podido dedicar más espacio al *Cancionero*⁴: uno de los aspectos más interesantes de este libro singular es, sin duda, la pasión teórica por la poesía que ahí palpita. Es grande en ese libro la preocupación por la técnica poética y sorprende el esfuerzo que hace Unamuno por asimilar nuevas formas de versificación y ritmo que atestiguan un continuo interés de poeta —y no sólo de “pensador” aficionado a versificar— por la poesía.

Por si todo esto fuera poco, García Blanco nos da además una excelente antología de poemas inéditos o no recogidos en volumen; entre ellos se encuentran algunos de los mejores salidos de la pluma de don Miguel, como “Llueve” (pp. 388-392) y los sonetos “En horas de insomnio” (pp. 398-400).

García Blanco termina el libro con una soberbia bibliografía sobre la poesía de Unamuno digna de las que nos ofrece con regularidad en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*.

En resumen, un libro indispensable para quienes deseen acercarse a la obra de Unamuno con algo más que artículos volanderos. Aunque para la crítica purista que pretende aislar el poema de toda su historia, gran parte de la información presentada por García Blanco pueda parecer ajena a la poesía misma, creemos que este libro es una contribución de primera importancia al estudio orgánico de la obra de Unamuno.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Ohio State University.

VICENTE T. MENDOZA, *Lírica infantil de México*. [Prólogo de Luis Santullano. Ilustraciones de Julio Prieto]. El Colegio de México, México, 1951; 177 pp.

Es ésta, que sepamos, la primera compilación extensa de canciones infantiles mexicanas. Reúne 193 textos con su música, tomados en su

¹ Cf., por ejemplo, una carta de Unamuno a Vaz Ferreira en la que habla detalladamente sobre diferentes metros españoles y su acentuación (pp. 28-29).

² Cf. entre otras las pp. 120, 153, 161, 172-173. Llevado por su obsesión de acabar con el sononete fácil de la poesía decimonónica —obsesión en gran parte generacional, como es bien sabido—, Unamuno empezó rechazando toda rima, pasó luego a buscar la rima interna en el verso libre y, en su madurez, encontró justificaciones teóricas tanto para la rima como para el verso libre.

³ “El compás mata al ritmo”, decía en una carta de 1900 (cf. p. 44).

⁴ El autor no dedica más páginas al *Cancionero* por razones obvias de tamaño, y porque la historia de los poemas, por lo menos en cuanto a fechas, queda hecha en el mismo texto.

mayoría de la tradición oral y provenientes de distintas partes de la República. Descontando los números que corresponden a meras variantes de una canción, el libro contiene aproximadamente 130 cantares. El autor explica en cada caso los gestos, movimientos, etc. que los acompañan. El material se agrupa en diez secciones: canciones de cuna, coplas de nana, cánticos religiosos, cantos de Navidad, coplas infantiles, muñeiras (cuatro versiones de "Tanto bailé con la moza del cura", la última con texto distinto), juegos infantiles, "cuentos de nunca acabar", relaciones, romances y romancillos, mentiras y cantos aglutinantes. Cada sección se comenta brevemente en la Introducción. En ésta —como en el prólogo de don Luis Santullano— se subraya el origen español de muchas canciones. Algunas se han conservado casi idénticas, otras han sufrido modificaciones más o menos notables; en otras, por fin, la presencia de elementos autóctonos —nombres de animales y objetos— y de una sensibilidad peculiar da ya un producto nuevo, más mexicano que español. "Casi siempre, dice Mendoza, la expresión musical, así como el desarrollo de los temas, son novedosos. . ." Por estudiar está aún la medida exacta de la fidelidad a lo español y de la adaptación a lo mexicano.

Que el propósito de esta compilación no es fundamentalmente científico lo dice el mismo autor: la destina al "público en general" y a "los padres y maestros en particular"; "ha querido solamente presentar. . . los ejemplos que con mayor frecuencia afluyen a los labios de los pequeños de las diversas regiones del país" (p. 11). Se trata, pues, de una antología destinada a la divulgación. Preparada con el criterio de quien ha dedicado su vida al estudio del folklore, rica en materiales y valiosa por tanto para la investigación, su mismo carácter le impone ciertas limitaciones. Algún día habrá que hacer una compilación extensa y con fines puramente científicos, que incluya el mayor número posible de cantares y versiones y además la lírica infantil no musical. En las notas a cada canción convendrá indicar, cuando se conozcan, sus antecedentes peninsulares y sus paralelos hispanoamericanos, explicar los mexicanismos y remitir a otros textos y melodías análogos dentro del libro¹. Para fines prácticos será mejor unificar los títulos² e incluir un índice de primeros versos. Esperemos que don Vicente T. Mendoza nos dé pronto esa gran compilación metódica de la lírica infantil mexicana; él mejor que nadie podrá hacerlo.

MARGIT FRENK AIATORRE

El Colegio de México.

¹ En la obra reseñada faltan esas referencias cruzadas. "La calandria", por ejemplo, figura entre las canciones de cuna (núm. 18) y luego entre las relaciones (míms. 165 y 166), sin que se remita de un lugar al otro; "Juan Pirulero" (148) debería relacionarse con "Don Pirulí" y con "Santo Domingo" (108 y 109), el núm. 154 con el 76, etc. Hay también melodías que se repiten a lo largo del libro, con textos distintos. Conviene evitar las discordancias entre la letra del ejemplo musical y el texto que figura a continuación (cf. núm. 15: "ponerme/sentarme a coser") e indicar, en los casos dudosos, con qué parte de la melodía ha de cantarse cada sección de un texto.

² El autor suele poner título distinto a las versiones de un mismo cantar: "Caballo de pita" y "Los caballitos", "La media muerte" y "Estaba la muerte un día", etc.